

HOMILÍA, ORDENACIÓN SACERDOTAL. MONS. RICARDO GARCÍA
21-mayo-2022

En este tiempo de Pascua nos encontramos viviendo, junto con la Iglesia entera, la alegría de la resurrección. La fuerza de la pascua cambió para siempre el curso de la historia y dio inicio a una cadena ininterrumpida de personas - empezando por las santas mujeres y los apóstoles- que extenderían por todas partes la buena noticia de que Jesús vive. Al gozo de este tiempo, e íntimamente relacionado con él, se añade alegría por la ordenación sacerdotal de veinticuatro diáconos de la Prelatura del Opus Dei.

En la primera lectura de la Misa de hoy, tomada de los Hechos de los Apóstoles, se nos invitaba a asomarnos a los años inmediatamente posteriores al domingo de resurrección (cf. Hch 10, 37-43). Para los discípulos, la victoria de Jesús sobre la muerte supuso una confirmación sorprendente de todas las *palabras* que habían escuchado del Maestro en los años de su vida pública. Jesús estaba -y está- vivo, confirmando así que su propuesta no era una bonita teoría sino una realidad. Los discípulos, que fueron testigos oculares tanto de la muerte como de la resurrección, cayeron en la cuenta de que valía la pena entregar la propia existencia, siendo instrumentos suyos para difundir la alegría del Evangelio, a pesar de los obstáculos que pudiesen encontrar en el camino.

San Pablo escribió que se sentía como un embajador de Cristo llamado a difundir el deseo de Dios de entrar en comunión con todos, y de reparar y reconciliar lo que estaba roto (cf. 2 Cor 5, 14ss). Se podría, pues, definir así la vocación de los apóstoles: ser canales por los que llegue a todos la vida de Dios.

Con la vocación de los apóstoles como fondo, me dirijo ahora a vosotros, queridos diáconos. En unos momentos recibiréis la imposición de las manos y seréis consagrados sacerdotes, continuando la cadena de ministros sagrados iniciada en 1944, año en que fueron ordenados los primeros tres sacerdotes del Opus Dei. Es una gracia grande, un don, que llevamos en vasijas de barro.

Vuestras vidas, a partir de hoy, estarán marcadas por tres grandes aspectos, que deseo recordar brevemente. Me refiero al ministerio de los sacramentos, el ministerio de la palabra y el ministerio de la caridad.

El *ministerio de los sacramentos*. Una de las gracias más grandes de este día será poder hacer presente al Señor en la santa Misa y extender su perdón en el sacramento de la Penitencia. El don del sacerdocio implica poder pronunciar las palabras “esto es mi cuerpo”, “esta es mi sangre”, “yo te absuelvo de tus pecados”, con toda su eficacia sobrenatural. Hablando de esta cercanía de Dios en los sacramentos, nos recordaba el Papa Francisco: “Es muy importante regresar a los fundamentos, redescubrir lo que es esencial, a través de aquello que se toca y se ve en la celebración de los Sacramentos. La pregunta del apóstol Santo Tomás (cfr. Jn 20,25), de poder ver y tocar las heridas de los clavos en el cuerpo de Jesús, es el deseo de poder de algún modo “tocar” a Dios para creerle. Lo que Santo Tomás pide al Señor es aquello del cual todos nosotros tenemos necesidad: verlo y tocarlo para poder reconocerlo. Los Sacramentos van al encuentro de esta exigencia humana. Los Sacramentos, y la celebración eucarística de modo particular, son los signos del amor de Dios, las vías privilegiadas para encontrarnos con Él” (Catequesis sobre la Santa Misa, 8 nov 2017).

En San Josemaría, queridos ordenandos, tenéis un gran modelo a imitar. Su amor a la eucaristía se veía muy especialmente en el esfuerzo que ponía por celebrar con devoción la santa Misa, cuidando los detalles, buscando rezar con lo que leía, siempre obediente a las indicaciones litúrgicas dadas por la Iglesia. También veneró y agradeció toda su vida el sacramento de la Penitencia, que gustaba llamar el sacramento de la alegría. Se entiende así la insistencia con la que recordaba a todos los sacerdotes que debíamos amar la confesión, tanto la confesión personal como las horas dedicadas al confesionario. Nos invitaba, en fin, y le pedimos que sea una realidad, a que la difusión del perdón y la misericordia de Dios sea una pasión dominante de nuestra vida.

Junto a los sacramentos, os dedicaréis muy especialmente al *ministerio de la Palabra*. Ser sacerdotes implica ser mensajeros de la Palabra de Dios: de aquí en adelante, a través de numerosas meditaciones, cursos de retiro, homilías, clases, conversaciones personales, etc., tendréis la oportunidad y el privilegio de poder ayudar a mucha gente a conocer mejor la vida de Jesús y a profundizar en las riquezas de nuestra fe. Tarea nuestra es meditar y contemplar con frecuencia los misterios de Cristo, siendo -como nos invitaba san Josemaría- un personaje más de los evangelios.

El Papa Francisco, en el domingo dedicado a la Biblia de este año, nos recordaba que "en el centro de la vida del pueblo santo de Dios y del camino de la fe no estamos nosotros, con nuestras palabras; en el centro está Dios con su Palabra". Por eso invitaba a todos a apasionarse por las Sagradas Escrituras y "ser anunciadores creíbles, y profetas de la Palabra en el mundo" (23-I-2022).

El tercer aspecto, que constituye el alma del sacerdocio, es el *ministerio de la caridad*. Vuestro Prelado- el Padre- nos recordaba hace poco unas palabras de san Josemaría, escritas en el año 1956, que subrayan con fuerza este aspecto: «Os habéis ordenado, hijos míos sacerdotes, para servir. Dejadme que comience con el recuerdo de que vuestra misión sacerdotal es una misión de servicio. Os conozco, y sé que esta palabra -servir- resume vuestros afanes, vuestra vida toda, y es vuestro orgullo y mi consuelo: porque esa buena y sincera voluntad que tenéis -como vuestros hermanos laicos y vuestras hermanas- de estar ocupados siempre en hacer el bien a los demás, me da derecho a decir que sois *gaudium meum, et corona mea* (Flp 4, 1); mi gozo y mi corona» (Carta 8-VIII-1956, n.1).

Pidamos para que estas palabras impregnen toda nuestra vida, y que el servicio a todos y a todas sea en nosotros una gozosa realidad, con plena conciencia de que el modo más eficaz de mantener este fuego encendido, es

permanecer -a través de la vida de oración- muy cerca del corazón amoroso de Cristo.

Antes de terminar, quisiera saludar muy especialmente a las madres, padres, hermanos y hermanas de los nuevos sacerdotes, y a sus parientes y amigos. Den muchas gracias a Dios por este gran regalo y que sirva especialmente para acercarse personalmente más a Dios y renovar los deseos de servirlo. También todos demos gracias al Señor por los nuevos sacerdotes, y recemos para que sean siempre fieles y eficaces dispensadores de la gracia de Dios.

Recemos también por la paz, uniéndonos a la oración del Papa y de toda la Iglesia, en estos tiempos de guerra entre pueblos hermanos.

Confiamos nuestras peticiones a nuestra Madre, santa María, de modo especial en este mes dedicado a ella.